

La apropiación cultural, esa nueva blasfemia

Una anécdota me sirvió de disparador para escribir este libro. Una llamada telefónica de mi amiga Tania de Montaigne, a quien habíamos convocado para la colección que dirijo en Grasset junto a Fiammetta Venner, Nuestras heroínas, cuya ambición es resucitar a ciertas mujeres olvidadas. Una auténtica relectura feminista de la historia. Tania escogió a Claudette Colvin, una de las primeras mujeres negras que se negó a ceder su asiento a un blanco en un bus, mucho antes que Rosa Parks.

Con ese libro, seguido de un ensayo, Tania iba a recorrer las aulas para combatir tanto el racismo como la asignación cultural.⁷ En el momento en que me llama, *Noire* está siendo adaptado al teatro y pronto saldrá en forma de cómic. Un éxito que le permite esperar que las miradas se abran. Pero acaba de alzarse una frontera inesperada. Oigo su voz y reconozco el hastío que nos une frente a aquellos que solo ven el mundo a través del color de piel, sea esta blanca o negra.

—No la quieren llamar *Noire*⁸ —me dice, exhausta.

—¿Quién?

⁷Tania de Montaigne, *L'Assignation. Les Noirs n'existent pas*, París, Grasset, 2018.

⁸En español, negra. [N. de la T.]

—Una responsable de compras de la editorial que publica el cómic. Dice que no podemos llamarla *Noire* si queremos venderla al mercado angloparlante.

—¿Pero por qué? Es el título del libro.

—Porque la ilustradora es blanca. Temen que se los acuse de apropiación cultural.

—¿Estás bromeando?

—No te imaginas cómo me gustaría que fuera una broma... Estallamos de risa, una risa que quisiera llorar.

—Pero la autora eres tú, y encima el libro trata el racismo antinegro... ¿Cómo lo quieren llamar?... ¡¿*Blanche*?⁹

—Cualquier cosa, menos *Noire*.

Cortamos, convencidas de que el mundo está loco. Identitario a más no poder. Aclaremos que esos vientos de pánico muchas veces vienen de los empleados blancos, que prefieren anticipar el más mínimo enfado. Por esta vez, afortunadamente, la editora mantuvo la calma y dio la razón a la autora. El libro se llamará, pues, *Black*. Quedamos más tranquilas. Ligeramente más tranquilas.

Así y todo, pretendo entender ese arranque de pánico. Habría entendido que la palabra “negra” supusiera un problema en un idioma habituado a decir “afroamericana”.¹⁰ Pero ese

⁹ En español, blanca. [N. de la T.]

¹⁰ Resulta que en Francia, muchas de las personas que dicen ser negras son más a menudo oriundas de las Antillas que de África, o fruto de mezclas. El término “*noir*” [negro], imperfecto, sigue entonces siendo utilizado sin chocar, al contrario del vocablo “*nègre*”, claramente racista y que ha quedado descartado del vocabulario común.

no es el meollo de la cuestión. Aquí, el temor es que una ilustradora blanca pueda firmar un álbum contra el racismo antinegro. Como si su color de piel le prohibiera rozar el tema.

Me parece bien que desconfiemos de aquellos que comercian con el antirracismo de forma deshonesta. Son numerosos, y no todos son blancos. Entiendo que se pueda reprochar a Rachel Dolezal, una activista que se opone a la apropiación cultural, el haber hecho creer durante años que era afroamericana, cuando en realidad era más WASP (Blanco, anglosajón y protestante) que los WASP y se cubría de autobronceante para pasar por víctima cardinal del racismo que denunciaba. Pero lo cierto es que un blanco debería sentirse autorizado a publicar o ilustrar libros contra el racismo, sin que se le recrimine su color de piel.

El objetivo máximo del antirracismo no es existir como víctima, sino erradicar los prejuicios. ¿Cómo esperar derribar los estereotipos y hacer crecer el círculo de personas lúcidas si proseguimos con este viejo reflejo que consiste en juzgar a seres y almas en función de su tez?

En el caso de aquel cómic, la ilustradora blanca, Émilie Platteau, puso todo su corazón y su talento, no porque esperara enriquecerse (cosa rara en el mundo de la edición francesa), sino porque el texto la conmovió y quiso actuar a su modo. Al publicar un álbum inspirado en el texto de Tania de Montaigne, quien es citada en la tapa, no se está apropiando de su obra, o sí, pero para rendirle homenaje. Exactamente como Tania se apropia de

la vida de Claudette Colvin y de su dolor, no para robárselo, sino para darlo a conocer a las jóvenes generaciones. Tal apropiación es absolutamente necesaria. Es un compartir que nada tiene que ver con el saqueo ni con la “apropiación cultural”, esgrimida de manera tan abusiva que llega a erigir barreras entre los seres, a asignarlos a categorías, cuando no a censurar obras.

Es más, ¿a qué alude semejante noción?

Si nos atenemos a la referencia de Oxford, la “apropiación cultural” designa “el acaparamiento de formas, temas o prácticas creativas o artísticas por parte de un grupo cultural en detrimento de otro”. En un principio, se trata de detectar los casos de “apropiaciones occidentales de formas no occidentales o no blancas, con fines de explotación o dominación”. El artículo de Oxford nos da el ejemplo, preciso y convincente, de museos occidentales que aprovechan artefactos, como los bronce de Benín, muchas veces adquiridos en dudosas circunstancias. En ese caso, en efecto, la apropiación no es un homenaje, sino un saqueo.

El juicio por “apropiación” conserva todo su sentido si nos basamos en esa precisa definición citada: la intención de explotar o dominar. Tal es el caso de obras saqueadas por la colonización, un patrimonio africano que Francia restituye a cuenta-gotas. Pero el debate desvaría seriamente cuando nos ponemos a ver “apropiación” por doquier, inclusive cuando la intención es simplemente celebrar el pluralismo cultural. Hasta negar la imitación o la mezcla, en música, en cocina o en la moda. Hasta anquilosar el debate de ideas y acotar la creación artística.

Esta deriva se la debemos ante todo al radicalismo separatista del *Black feminism*, pero no solamente. El deslizamiento —¿cabrá aquí hablar de apropiación?— se encarna en una abogada blanca, poderosa y conocida, llamada Susan Scafidi. Profesora en la Universidad Fordham, su especialidad es proteger de cualquier imitador tanto la moda como a los *diseñadores*. Su aproximación comercial determinará su definición del concepto de apropiación cultural, al punto de conferirle un sentido demasiado laxo en un libro, *Who Owns Culture?*, publicado en 2005 y desde entonces citado como referencia.

Inspirada en su reflexión profesional sobre el *copyright*, la definición de Susan Scafidi se aleja del círculo acotado que traza Oxford. Según ella, la apropiación cultural designa el hecho de “adueñarse de la propiedad intelectual, del saber tradicional, de las expresiones culturales, de los artefactos de la cultura de otro sin su permiso”. Como quien no quiere la cosa, en pocas palabras, hemos dejado en el camino la *intención* de “dominar” o de “explotar”. Lo cual, sin embargo, es crucial.

En adelante, basta con que un grupo tome prestada “la cultura de otro” para cometer un acto de dominación cultural en sí mismo. Esto incluye, siempre de acuerdo con la abogada, “el empleo no autorizado de la danza, la manera de vestir, la música, el idioma, el folclore, la cocina, la música tradicional y los símbolos religiosos”, quedando los “objetos sacros” elevados al rango de cultura intocable. En nombre de tal veneración fue que

se le reprochó a la marca de ropa interior Victoria's Secret utilizar tocados indígenas —considerados sagrados— para sus modelos.

En otro orden de ideas y siguiendo esa lógica, los ilustradores ateos de *Charlie Hebdo* no tienen derecho a representar a Mahoma, sin incurrir en el doble pecado de blasfemia y “apropiación cultural”. Lo cual les puede valer ser elegidos para la doble vindicta de los fanáticos y de ciertos antirracistas, ser linchados en la plaza pública, antes de ser asesinados.

Como si presintiera haber abierto la caja de Pandora, Susan Scafidi no deja de aclarar que “hay más posibilidades de que la práctica sea dañina cuando la comunidad de origen es una minoría que ha sido oprimida o explotada, o cuando el objeto de la apropiación es particularmente sensible, como en el caso de los objetos sacros”.¹¹ Si leemos sus palabras con atención, empero, un homenaje cultural queda clasificado como potencial apropiación cultural, simplemente menos grave.

Tal matiz no tiene ninguna probabilidad de subsistir en una época en que las redes sociales se embalan. Así, se está abriendo la puerta a excesos de toda índole. Dado que el criterio ha dejado de ser la *intención* —querer explotar o dominar—, el mero hecho de mezclar inspiraciones culturales se torna sospechoso. La izquierda identitaria acaba de inventar un nuevo juicio de intenciones, cercano al juicio por blasfemia.

¹¹ Susan Scafidi, *Who Owns Culture? Appropriation and Authenticity in American Law*, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 2005.

Madonna a la hoguera

“Like a Prayer” encendió mi imaginario de adolescente. En aquel clip, la madona del pop se menea al estilo góspel en un vestido púrpura, con un infartante escote. Desafiando las cruces de fuego del Ku Klux Klan, libera de su cárcel a un Cristo negro, injustamente arrestado, y lo besa en un fogoso arrebato. Un manifiesto incandescente y casi litúrgico contra el racismo, que le valió convertirse en la peor pesadilla de la derecha religiosa y supremacista.

Estamos en 1989, año de todas las hogueras, la del caso Rushdie, la del caso Scorsese. Ciertos integristas cristianos juran quemar *La última tentación de Cristo* por blasfema y hasta incendian un cine en Saint-Michel. “Like a Prayer” llega como una bola de fuego. El papa en persona llama a boicotear a la cantante y algunos católicos desafortunados presionan a sus *sponsors*. Pepsi se retira de la gira. A la madona le da igual. Con una aureola de azufre, su canción se coloca a la cabeza de los *rankings* mundiales. La época se vuelve loca con esas provocaciones que ofuscan a los reprimidos. No hay nada más rockero que estar condenado a la hoguera.

Treinta años después, cambio de disco y de tiempos. Esta vez, no son los conservadores los que apuntan con el dedo a la madona por “blasfema”, sino los progresistas, que la maldicen por “apropiación cultural” en el marco de un fallido homenaje a Aretha Franklin durante los MTV Awards.

La reina del soul acababa de morir, y la reina del pop subió al escenario con una insólita túnica beréber, cargada de joyas plateadas y pulseras de colores, la frente ornamentada con trenzas rubias. Se le recrimina menos su atuendo que el haber hablado tanto de sí misma. Pronunció un largo, muy largo monólogo, en el que cuenta sus años de infortunio en Detroit, ciudad donde creció, al igual que Aretha Franklin. ¿Era atinado comparar ambos guetos, realidad seguramente más violenta para una joven negra que para una joven blanca? La idea de Madonna solo era mencionar los puntos que tenía en común con la homenajeadada. Pero la anécdota perduró.

Por lo demás, cuesta encontrar un nexo entre su atuendo beréber y los modelos chics, muy occidentales, de Aretha Franklin. No lo hay. Sencillamente es el atavío del último álbum de la cantante, su última fantasía en materia de look. Pero ese look, y más aún sus trenzas denominadas “africanas”, son motivo de reproche. Uno tiene derecho a encontrarla más excitante en *baby doll* púrpura. ¿Pero cabe por lo tanto lincharla por “apropiación cultural”? ¿Se le está enrostrando inspirarse en otras culturas? ¿Qué música no se inspira en otras?

El escritor inglés de origen indio Kenan Malik es uno de los primeros en ver en la apropiación cultural “una versión secularizada de la blasfemia”.¹² Él aboga por la mezcla, al mejor estilo Elvis Presley. No hace tanto tiempo, recuerda, las radios blancas se negaban a pasar las canciones de los pioneros del rock’n’roll, como Chuck Berry, clasificado como música “étnica”. Advino el Rey. El rockero blanco democratizó el rock y lo sacó del gueto. Por más injusto que sea, tal imitación fue menester para reconocer, más adelante, el aporte de los rockeros negros. “Imaginemos que Elvis hubiera sido disuadido de apropiarse de aquella música supuestamente negra. ¿Habría eso provocado un retroceso del racismo o la eliminación de las leyes Jim Crow? Definitivamente no”, persiste Malik.

La segregación musical jamás hizo retroceder el más ínfimo prejuicio. Al contrario, es la mezcla, la fuente misma de la creatividad, lo que permite componer un mundo común. Por lo mismo, se les endilgó a los Rolling Stones haber saqueado el repertorio de algunos bluseros negros que permanecieron en las sombras. Muddy Waters, que forma parte de los “saqueados”, pronunció al respecto esta frase genial: “Me robaron mi música, pero me dieron un nombre”. Sin los Stones, el blues jamás habría cruzado las puertas del gueto. ¿En qué mundo viviríamos si el blues fuera considerado “música negra” y solo

¹² Kenan Malik, “In Defense of Cultural Appropriation”, en *The New York Times*, 14 de junio de 2017.

se difundiera en radios “negras”? ¿A qué se parecería el pop si Madonna no se hubiera inspirado en el Voguing, aquel movimiento oriundo del gueto gay y latino, o del góspel? ¿Y si escuchara las críticas y limitara su inspiración?

Por suerte para nosotros, a la madona le importa un comino. “Oh, they can kiss my ass” (Que me besen el culo), declaró al *Huffington Post*. “No me estoy apropiando de nada. Me inspiro y hago referencia a otras culturas. Tengo ese derecho como artista. Se ha llegado a decir que Elvis Presley robó la cultura afroamericana. Pero es nuestra labor, como artistas, poner el mundo patas para arriba, con el fin de desconcertar y obligarnos a volver a pensarlo todo”.¹³ Bien dicho.

Madonna puede permitírselo. Tiene espaldas, recursos y una carrera contundente. ¿Qué joven cantante tendrá tanto coraje? Al contrario de las cazas de brujas iniciadas en los tiempos de “Like a Prayer”, las piedras de la “apropiación cultural” hoy son arrojadas por jóvenes liberales, ya no tan rockeros, que linchan y boicotean ante la menor sospecha. Ningún joven artista, menos aún una marca, puede darse el lujo de ignorar aquellos edictos digitales. Una compañía discográfica lo obligará entonces a deshacerse en disculpas frente al primer runrún negativo que circule.

¹³ Matthew Jacobs, “From Hell And Back, Madonna Lives To Tell”, en *Huffpost*, 13 de marzo de 2015.

A veces, esos enjuiciamientos alcanzan a los artistas hasta su tumba. Y aquí viene a cuento Johnny Clegg, el más afro de los cantantes blancos sudafricanos. El autor del mítico “Asimbonanga”, un canto contra el apartheid con el que bailaba Nelson Mandela, no recibió únicamente flores en su entierro. Mientras el African National Congress (ANC) le rendía un vibrante homenaje, no faltaron activistas franceses y americanos que lo acusaron de haber vivido de la apropiación cultural.

Por lo visto, si eres blanco no es bueno que te guste una cultura ajena. Como escribe la ensayista Fatiha Boudjahlat: “No te cae bien, eres racista. Te cae bien, eres racista”. Y concluye en un *impasse* absoluto, en una época trastocada: “Hoy en día, Mandela sería calificado de siervo doméstico”.